

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



¡Abandonada!

SUSCRICION

Núm. 25

Año I

NÚMEROS SUETOS

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILLERS 5,7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 24 Febrero 1887

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta * Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CUARESMA

Momo se ha despojado del vestido de casca-
beles para ponerse el sayal de penitente. Des-
pues de la alegría, la tristeza. Despues del al-
boroto, el recogimiento; es decir, *post Fabus*,
nubila.

En vez de aquel Carnestolendas mofetudo,
frescachón, amigo del regodeo y de la tararira,
tenemos que apechugar con D.^a Cuaresma, se-
ñora de costumbres rígidas hasta la tiranía, de
cuerpo tábido, rostrituerta como suegra, más
tacaña que la roñería, y gran aficionada al caldo
de acelgas, y á la bayeta negra.

Lo malo no es que ella sea así, sino que
quiera imponernos sus gustos, con el despotis-
mo de soberbio conquistador; y no hay remedio
de escapar á sus leyes! Como que ha escogido á
la mujer por ejecutora de ellas, y vayan Vds. á
resistir la autoridad de ese dulcísimo alguacil.

La Cuaresma dice: «no quiero bailes!» Y si
la mujer no baila, qué ha de hacer uno sino
abstenerse de bailar? La Cuaresma dice: «no
quiero que se promiscue!» Y á ver quien come
arroz con pollo y langostines, si la mujer no lo
guisa? La Cuaresma dice: «Has de frecuentar la
iglesia» Y si allá van las mujeres, ¿á dónde irán
los hombres que acuden siempre atraídos por
la fascinación que sobre ellos ejerce el sexo que
hemos dado en llamar débil, siendo en realidad
de verdad el más fuerte, porque es el que vence
y domina!

Por eso la Cuaresma, conociendo que la efica-
cia de sus mandatos estriba en el apoyo que
les presta la mujer, la engatusa sustrayéndola
por completo al dominio del hombre, puesto que
ella durante el reinado de esa deslardada cua-
rentona obtiene el privilegio de hacer valer to-
dos sus derechos, sin que nadie pueda recla-
marle en feudo deber alguno.

«¡Estamos en Cuaresma!» Esta es la voz de
¡alto! que al marido trasnochador, al marido
devoto de las lágrimas de cepa, al marido ami-
go de rezar en el breviario de las cuarenta y
ocho hojas, al marido andariego por picos pa-
dos, al marido dilapidador en boatos si es rico,
ó tragón si es pobre, grita la mujer, y no le cabe
al hombre otro recurso que abrir un paréntesis
á sus inclinaciones, so pena de echarlo todo á
barato singularizándose como enemigo de la
moral y del buen ver.

Salvo su sentido religioso, que no ataco, y su
sentido higiénico, que me abstengo de atacar,
la Cuaresma no es más que una prolongación

del Carnaval de cuyas ruinas nace. Porque en
ella gozan y danzan en espíritu, tomando los
preceptos de la Iglesia por programa de baile,
el templo por salón, Dios por empresario, y la
virtud por disfráz, muchos que con voz de es-
cándalo abominaron de las orgías y disipacio-
nes del Carnestolendas.

Antes dejará D. Gerónimo que le aspen, que
comer salsichón en viernes, por temor de co-
meter pecado; y preguntase quién es el tal don
Gerónimo, y les dirán á Vds. que un usurero
que presta al cincuenta por ciento, cobrando
intereses por adelantado.

Nadie convida á D. Hermenegildo á probar
siquiera un pastel, porque para nada del mun-
do quebrantará el ayuno, merced al cual confía
ganar el cielo; pero él no se olvidará de visitar,
muy embozado, eso sí, á la guapa moza que
mantiene en cierto piso de cierta calle poco
concurrida.

¿Qué es eso de no ir á confesarse D.^a Rosa-
lía? Pues no ha de ir! Dirá alguien, que más
valiera que se reconciliase con el esposo que
abandonó; pero eso qué importa, con tal que
doña Rosalía masculle oraciones?

Con caperuza y hábito D. Bertoldo no ha de
faltar á ninguna de las procesiones que cele-
bran los hermanos de la Congregación de Cris-
to; y tampoco saltarán las dos onzas de plo-
mo clavadas en el platillo de la balanza donde
pesa el arroz que vende á sus parroquianos.

No se quedará el predicador sin que oigan
su sermón D.^a Benigna y D.^a Fructuosa; pero en
cambio se quedará la casa sin barrer, la cena
sin hacer, ó la ropa sin planchar.

Y sería contar las arenas de la playa, si por
este estilo debiésemos enumerar los disfraces de
virtud que son de ordinario uso en ese Carna-
vál místico llamado Cuaresma. Lo cual de-
muestra, que por encanijada, desabrida, y des-
pótica que sea esa señora, no puede quitarnos
ocasiones de reir á costa de sus admiradores
que en su mayor parte se ríen de ella.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Conclusión)

XXIII

El Sol corría al ocaso
cuando yo con torpe paso

cual ciego que á tientas vá,
llena de ponzoña el alma
con calentura y sin calma
y por instinto quizá,
al desierto cementerio
donde entre sombra y misterio
nido tenía mi amor,
llorando me dirigía
á invocar la muerte impía
con doloroso clamor.

Por un florido sendero
guíome el sepulturero
de un verde llorón al pie,
y al mostrarme con un gesto
allí un sepulcro modesto
que sin adornos se ve,
ante la losa me postro
reclino en ella mi rostro
la beso con avidez,
y cual sagrado conjuro
un dulce nombre murmuro
con estraña insensatez.
A mi clamor repetido
responde blando un gemido
que llega á mi corazón,
cual voz de un alma que llora
y que mi cariño implora
desde la eterna rejión.
Gemido que el saúce flébil
repitió con eco débil,
su ramaje al balancear,
y los pájaros cantores
entre los mirtos y flores
de aquel fúnebre lugar.

Junto aquel lecho de muerte
así permanecí inerte
como busto sepulcral,
sin sentir en tanta pena
el peso de la cadena
de mi cárcel terrenal...
Y pues vivir no podía
sin la amada prenda mía
que era esencia de mi ser,
y pues allí reposaba,
y allí decirle lograba
aquellos mimos de ayer,
¡Qué mucho que cada tarde
de mi amor haciendo alarde
con invencible atracción,
aquel sitio visitase
y en silencio renovase
esta escena de pasión!

XXIV

Como rama por el viento
de su tronco desgajada
pierde en breve lozanía
y se marchita sin savia,
desde que al cielo volando
Luisa me abandonara,
así juventud y fuerzas
conoci que me faltaban.

Atravesada en mi pecho
sentía como una barra,
y olas de sangre amarguísima
bullían en mi garganta.
La luz del sol me era odiosa,
mi frente ardía como ascua,
y mis pulmones el aire
dificilmente aspiraban.

Las gentes cuando me veían
me contemplaban con lástima,
y puso mi abatimiento
á mi familia en alarma.

Como nadie conocía
de mi malestar la causa,
pues siempre guarde mis penas

en lo más hondo del alma,
me aconsejaron que fuese
á vivir en la montaña
donde es el clima más dulce
y son más puras las auras.

Ellos para darme vida
se desvelaban con ansia,
y yo llamaba á la muerte
como á una amiga adorada:
que sin Luisa mi vida
es una agónia larga,
y vivir sobre la tierra
es por mi mal prolongarla.

Sin embargo, tal progreso
hizo mi dolencia estraña,
que sin comprender mi tío
en su cándida ignorancia
que para ella en este mundo
remedio alguno no se halla,
siguiendo las prescripciones
de dos médicos de fama,
y desoyendo implacable
mi resistencia estremada,
consigo me llevó al campo
á restaurar las escasas
fuerzas que á mi pobre cuerpo
todavía le quedaban.

—*—*—
Cuando de nuevo
me encontré allí,
donde los goces
de amor sentí;
cuando aquel viejo
bosque miré
donde á Luisa
mi alma entregué;
cuando de lejos
oí el rumor
de aquel arroyo
murmurador;
cuando de Luisa
ví el caseron,
cómo latiera
mi corazón!
Cuántas memorias
para mi mal,
me taladraron
como un puñal!
Creció la fiebre,
creció el dolor;
todo me daba
miedo y horror.
Bramó en mi pecho
la tempestad,
al ver cuanta era
mi soledad.

En el suicidio
loco pensé,
pero á una loma
la vista alcé,
y como en ella
la hermita ví,
que es de la Virgen
palacio allí,
del mismo modo
que un hijo va
hacia su madre
si triste está,
al templo santo
corrí veloz,
y ante la Virgen
con tierna voz,
desvanecido
mi frenesí,
llorando á mares
le dije así:



UNA LECCIÓN

Ayuntamiento de Madrid

—«Virgen de amor, madre mía,
un día aquí dos amantes
acudieron anhelantes
á jurarse eterno amor,
y á tí elevaron sus preces
pidiendo amparo y consuelo,
ya que de bárbaro duelo
les amagaba el dolor.

Yo soy quien á tí, Señora,
arrodillado ante esa ara
con fé viva reclamara
bendijeses mi pasión;
y pues eco en tí siempre halla
el alma que triste llora,
escucha, María, ahora
los gritos de mi asunción.

Aquella casta paloma
que aquí arrulló con gemido,
una noche de su nido
para siempre se alejó,
y á mí que de ella esperaba
sabrosa paz y ventura,
sólo, entre olas de amargura
batallando me dejó.

Ya ves cual será de acerba
mi vida ahora en el mundo,
y cual será de profundo
é intenso mi alán ya vés.
Tú que de amor tanto sabes,
y tanto el dolor conoces,
mira si en penas atroces
hay otra que mayor es!

Ya desclavarme desec
de la cruz de este martirio,
y deseco con delirio
¡oh! Virgen, volar á tí;
para disfrutar reposo,
para adorarte con *ella*,
para ver su faz de estrella,
y si se acuerda de mí.

Y en tanto febril aguardo
romper mi cárcel humana,
si es que eco de voz mundana
puede hasta el cielo llegar,
dile, Señora, mi llanto,
dile el dolor que te cuento,
y dile que el juramento
eterno le he de guardar.»

¡Y eterno se lo guardo! pudiera un cataclismo
evaporar los mares que la creación llenó,
pudieran las estrellas caer rotas al abismo,
pero en oscuro olvido mi amor á Luisa, no!

Que en ella á todas horas yo pienso, yo la invoco,
mi espíritu con ella sin tregua hablando está,
la veo entre las sombras, de un astro en cada foco,
y la oigo en la aura mansa que susurrando vá.

Su inspiración me guía, su protección me alienta,
de su recuerdo vivo, me nutro de su amor,
por ella con oprobio mi nombre no se cuenta
entre suicidas viles que mueren sin honor.

Cual átomo que arrastra furente torbellino,
sin fuerza así me muevo del mundo en el vaivén,
y corro entre tinieblas, sin rumbo ni camino
extinta para siempre la estrella de mi Eden.

¡Oh! espíritu indomable, sacude la cadena,
rompe la arcilla frágil que es límite á tu ser,
y cual condor que vuela por la región serena
encúmbtrate buscando un nuevo amanecer.

Y tú, sombra querida, arcángel que resbalas
sobre esc mar de soles alfombra del Creador,
Luisa, Luisa mía, tiende las niveas alas,
y á recojer acude mi postrimer clamor!...

Aquí concluía el manuscrito. Algunas manchas que
lo arrugaban, eran señales evidentes de que por él ha-
bían pasado lágrimas y crispaciones de besos.

A qué ocultarlo? Al terminar la lectura, sentí grandes
deseos de llorar.

Vivamente interesado por la salud de Fernando, es-
cribí al cabo de algunas días á su tío que era Rector
del Colegio donde debía practicar el noviciado en
cuanto abandonase los baños de T... en cuyo estableci-
miento tuvo lugar la escena que al principio he referido.

Pocos días despues recibí una carta suscrita por di-
cho padre jesuita en la cual leí las siguientes líneas:

«Perdone V. que haya tardado tanto en contes-
tarle. Demoré hacerlo hasta que se hubiese resuelto
la tremenda crisis por que Fernando atravesaba. Hoy
me apresuro á escribirle bajo la impresión de un
dolor que fuera inacabable si la Religión no tuviere
bálsamos para los mayores infortunios. Desde que V. se
fué de T... Fernando quedó como sumido en verdadero
idiotismo. A la primera oportunidad lo traje conmigo á
este Colegio, y aquí ha vivido sin darse cuenta de nada.
Há tres días que le asaltó furioso delirio; pero ayer no-
che se alumbró repentinamente su razón. Fué la última
llamarada de la lámpara que se extinguía. Rayaba el
alba cuando los ojos del enfermo resplandecieron con
sobrenatural claridad: dibujóse en su cadavérico rostro
alegre sonrisa: murmuró un nombre, y con débil extre-
mecimiento inclinó la cabeza sobre mi pecho. Su alma
había volado á reposar en el seno de los justos. No
niegue V. una oración al que fué tan infeliz en vida,
como venturoso en la hora de su muerte.....»

Aunque siempre tuve la muerte de mi amigo por in-
minente desenlace de su prolongada pasión, esta noticia
me produjo amarguísimo sentimiento.

Le quería como á un hermano, y como un hermano
le lloré.

En el viejo cementerio de M. hay un nicho cerrado
por modesta lápida de mármol, en la cual bajo una cruz
de hierro se lee grabada con negros caracteres esta sen-
cilla inscripción:

¡ FERNANDO !

Todos los años en el mes de Junio vereis junto aquel
nicho un ramo de frescas violetas cojidas en el bosque
donde tanta dicha gozara y tantos dolores sufriera mi
desventurado amigo.

Es la mejor ofrenda que puedo tributar á la memoria
de quien murió víctima de un amor sin ejemplo por lo
grande y lo infortunado.

FIN.

El último día de la libertad

(Continuación)

III

(Lugar agreste. En lo alto de una escarpada roca, al-
gunos soldados miran los cuatro puntos del horizonte.
Reclinado en el hueco de una peña reposa Marco Bruto
profundamente ensimismado. Drusilo, Estratón, y Gal-
bino, le contemplan con tristeza. Es de noche.)

DRUSILO.—¡Infortunado! ¡Qué amargo oleaje de
tristes pensamientos debe correr ahora bajo la bóveda
de su cráneo; y como deben picar á manera de víboras
los dolores en su corazón! ¡Nó! Jamás en alma tan he-
rónica, tan bella y tan hermosa se congregaron mayor
número de desgracias.

GALEINO.—¡Qué derrota la nuestra! Enardecidos por
la sed de venganza que á todos nos devoraba, caímos
sobre el campo de los triunviros como manada de lo-
bos en espantado aprisco, y primero se mellaron las es-
padas y se embotaron las lanzas, que nuestros brazos se
cansaron de matar. Tenía razón Bruto cuando se resistía
á pelear con la febril exaltación que nos asaltara á vista
del cadáver de Casio. Tenía razón. Cegados por la rá-
bia no advertimos que la fogosa caballería tracia envol-
vía nuestra descuidada retaguardia con impensado mo-

